

Mastodonte fueron los que lucharon contra el conquistador de las Galias. Y como quiera que la edad de la piedra pulida toca á la edad de la piedra simplemente labrada, resulta de ello que el hombre de la piedra simplemente labrada es al menos el mismo prehistórico. Por lo demás, MM. Cornet y Briard háñse visto inducidos á esta otra conclusión, pág. 87: «No solamente los sílices labrados de la edad de la piedra pulida fueron elaborados con la roca extraída de los pedruscos ó de la creta de Spiennes, más lo mismo sucede con aquellos de la edad del mammoth, es decir, de los cascajos ó del *drift*, que, en la opinion de M. Flower, son más perfectos y presentan mayor variedad de formas.» (*Revista científica*, 7 de junio de 1873). Ya en junio de 1863 (*Informes de la Academia*, tom. LVI, pág. 1097), segun un estudio muy detenido del diluvium de Saint-Acheul, M. Scipion Gras habia emitido la opinion de que dicho terreno pudo ser explorado ó socavado en una época muy antigua para la explotación de los sílices destinados á ser labrados.

La duda hoy no es, pues, ya posible; la existencia de los hombres de la piedra pulida, y por consiguiente, la existencia de los hombres de la piedra labrada, entran plena y superabundantemente en los límites de la cronología bíblica, y la ciencia verdadera está en perfecto acuerdo con la revelación.

Época del bronce.—Muchos indicios indujeran á admitir que los metales fueron importados por los extranjeros. La edad del bronce hállase caracterizada por algunas armas de dicho metal de una forma especial, llamadas *paal-stab, celt*, etc., que se ha considerado hasta aquí como prehistóricas, por haber sido encontradas en las habitaciones lacustres de la Suiza. Empero, cierto es hoy que ellas son históricas, y que la aparición del bronce en la industria es contemporánea del *æs rude*. Háse encontrado, en efecto, en las aguas del Vicarello una enorme masa de dicho valor monetario, que vino en pos de grandes cantidades de armas de piedra, y precediendo

á la aglomeración votiva del *æs signatum*. Las armas de bronce de la época prehistórica fueron empleadas por los etruscos y se hallan en abundancia en sus sepulcros. Nosotros descubrimos cerca de Narni un tesoro de bronces numerosos, *paal-stab, celt*, etc., con el *æs rude*. Dichas armas están fundidas y elaboradas; tienen algunos puntos, límites de partes de dimensiones determinadas; casi todas ellas están rotas ó fraccionadas como los cuadriláteros del primer *æs signatum*, lo que prueba que sirvieron como valores monetarios. Son unos múltiples ó unas partes alicuotas del *æs grave librato*, la libra romana. Las armas prehistóricas hállanse, pues, relacionadas con la moneda romana.

En medio del ardor de la edad de bronce, fué cuando el uso del hierro fué prohibido en los sacrificios. Pues bien, esa prohibición subsistia todavía en los tiempos históricos. Hállasela mencionada y decretada en los ritos del colegio sacerdotal de los Arvelles. El bronce dominaba desde el tiempo de Anco Marcio; el hierro apareceria, pues, en los tiempos de los últimos reyes de Roma, siendo todavía en el Lacio un metal precioso y raro en la época en que la erupción del Peperino sorprendió y sepultó á la célebre familia de los vasos del Lacio. En Herculano, sepultado del año 79 despues de Jesucristo, el bronce era el metal dominante para la cocina, la agricultura y la cerujía.

Época de hierro. Las erupciones finales del cráter de Albano sobrevinieron durante la época de Roma real y republicana, despues de la aparición del *æs grave librato*, que ha sido encontrado ya por cinco veces en la roca del Peperino y más abajo. Se le ha encontrado también asociado á los célebres artefactos de alfarería prehistóricos del monte Albano, los cuales por esta misma razon pierden necesariamente este nombre vago y oscuro y pasan á ser históricos. El primer uso del hierro en el Lacio correspondió al primer período de la historia romana.

Podemos, pues, afirmar de una manera general, como re-

sultado de las conquistas ya realizadas, que en la Italia central, todas las épocas dichas prehistóricas halláanse relacionadas entre sí y encadenadas en un desenvolvimiento progresivo, del cual dejaron huellas indelebles, y que las obras denominadas prehistóricas son obra de un tiempo que se halla en relacion directa con la historia.

Hé aquí la conclusion á la cual M. de Rossi ha debido llegar en Italia por las investigaciones más sábias, más pacientes, más ámplias que se puede imaginar. Casi al mismo tiempo, en el centro de la baja Bretaña, la exploracion de un número considerable de monumentos, dólmenes, menhirs, túmulos, sepulcros y pequeñas sepulturas, inducia á mi jóven y celoso colega, el abate M. Collet, á esta conclusion decisiva: «Lo que más me ha asombrado es que en todas partes, ó casi en todas partes, las tres edades de la piedra, del bronce y del hierro, se hallan confundidas, lo que prueba, cuando menos, que el uso de la piedra y del bronce se conservó hasta la última edad de hierro. La semejanza de los objetos de alfarería de los sepulcros más antiguos con los productos de alfarería célticos y romanos, prueba además que las pretendidas edades prehistóricas remontaríanse á lo sumo al siglo segundo de nuestra era, y coincidirían, por consiguiente, con el establecimiento de los romanos en las Galias.»

M. Bourlot, autor de un tratado elemental de geología, publicó en el *Boletín de la Sociedad de Historia natural de Colmar*, año 10.^o, 1869, una historia verdaderamente increíble del hombre prehistórico. Agrupando con mucho arte, con una apariencia de buena fe y de conviccion, los hechos, ó más bien las apariencias de hechos recogidos en todas partes, puesto que su memoria es una obra de pura recopilacion, sin crítica, sin interpretacion y sin discusion alguna, lleva irresistiblemente al lector, fascinado é inconsciente, á unas conclusiones verdadera-

mente fabulosas, relativamente á la antigüedad del hombre. Sin soñar siquiera en preguntarse si tiene el derecho para ello, divide la historia del hombre prehistórico en nuestros países y donde quiera en dos partes: la historia del hombre prehistórico antediluviano, y la historia del hombre prehistórico posdiluviano. La primera division abraza dos edades y la segunda tres, en todo cinco edades: edad del mammoth y del oso grande de las cavernas, edad del renfifero, edad de la piedra pulida, edad del bronce y edad del hierro.

1.^o *Edad del mammoth y del oso de las cavernas.* El hombre contemporáneo de estos dos grandes mamíferos hubiera sido dolicocefalo: cráneo prolongado desde adelante hacia atrás, aplastado sobre los lados, frente deprimida y estrecha, inteligencia relativamente limitada, armas de piedra no pulida, hachas, puntas de lanza, de flecha y de azagaya, groseramente labradas de sílice. Despues de haberse perdido ó abismado en varias consideraciones astronómicas y geológicas, M. Bourlot hace alarde de elevar la existencia del hombre del mammoth á 25000 ó 29000 años.

2.^o *Edad del renfifero.* Braquicéfalo, cabeza redonda, rostro largo, inteligencia más desarrollada, armas de sílice, cuchillos, raspadores, sierras, punzones y agujas de hueso y de cuerno, puñales de hoja de cuerno y de mango esculpado; diversos otros aparatos y utensilios, restos de obras de alfarería informes, bosquejos de objetos de adorno de concha y piedra: el hombre del renfifero hubiera habitado nuestras comarcas hace 16 ó 18000 años.

3.^o *Edad de la piedra pulida ó del avrochs.*—Braquicéfalo, cabeza pequeña, ángulo facial asaz desarrollado, aproximándose mucho al tipo de los lapones actuales. Este es el hombre de los restos de objetos de cocina, de las grutas y cavernas, de los valles, de las estaciones lacustres, de los monumentos megalíticos, etc.; armas y utensilios de piedra, perfeccionados, á menudo usados, pulidos, acedados en la muela; flechas con punta de sierra y ale-

tas; restos de objetos de barro cocido sin ornamentación; fragmentos de cuerda, de tejidos de lino trenzados, cestos de mimbre, restos de piraguas, peines de madera de tejo, ciertas joyas, maderas de asta de ciervo elaboradas, etc. M. Bourlot esta vez abstiéndose de dar guarismos.

4.° *Edad del bronce.*—Estatua algo más que mediana; tipo mesocéfalo, de rostro y dentadura verticales, raza que parece haber dominado. La inmensa cantidad de adornos parece indicar unas costumbres más pacíficas; la caza y la pesca parecen haber sustituido en parte á la agricultura, á la custodia de los rebaños y al comercio de la permuta. La alimentación compónese de animales domésticos, cereales y vegetales cultivados; las armas y los utensilios de sílice son más raros; las armas y los instrumentos de bronce son de formas muy variadas, de un trabajo á veces perfecto y están cinceladas con buen gusto; algunos de los objetos de alfarería tienen formas graciosas; fragmentos de tela de lino asaz bien tejido, cuerdas de corteza y de plantas textiles.

5.° *Edad del hierro.*—Talla y figura más elevadas; fuerza física extraordinaria, el tipo francamente dolicocefalo predominante; ciertos indicios atestiguan unas costumbres bárbaras; armas y utensilios de bronce, de cobre fundido, de hierro, cuerdas leñosas y piedras para triturar el grano; tejas, objetos de alfarería, estatuillas de barro cocido; cestas trenzadas de mimbre, restos de muebles.

No tengo ya necesidad de insistir respecto de cuanto hay de arbitrario y fantástico en esta pretendida historia. El resímen formal y sincero de los hechos que he verificado repetidas veces en otros lugares, refutan suficientemente los sueños de M. Bourlot. Este divide y espacia á su sabor, en una lontananza indefinida, aquello que en realidad se toca y se sucede en un intervalo de tiempo muy limitado y relativamente asaz próximo á nosotros. ¿Será acaso necesario consignar que el autor participó de todas las estravagancias de la escuela moderna? Para él,

los hombres al principio fueron salvajes, casi exclusivamente trogloditas, aislados ó asociados en pequeños grupos. Parece muy inclinado á admitir el origen simico del hombre, ó bien que el hombre desciende del mono, ó de un tipo vecino del mono. Sin embargo, vacila y retrocede vencido por la superioridad de las facultades intelectuales y morales del hombre, de sus aptitudes para la civilización y el progreso, y sobre todo por el desenvolvimiento de sus facultades y aptitudes, comparado con la inmovilidad absoluta, ó casi absoluta de los tipos animales, incluso los monos antropomorfos. Empero él protestará ¡ay! con energía contra la noble tendencia de los antropologistas que han osado crear un cuarto reino de la naturaleza para hacer *entronizar en el la especie humana sola* (*lug. cit.*, pág. 216). La idea del reino humano parecéle tan extremada como la del hombre simico (1).

A fin de no omitir nada, digamos todavía una palabra sobre algunas divisiones de la existencia humana en el tiempo á las cuales se ha concedido cierta importancia.

(1) M. Bourlot, que cree que el hombre creado en el estado salvaje pudo salir de él por sus propias fuerzas, y que, bien equivocadamente por cierto, osa acusar al gran Líneo de haber admitido implícitamente la opinión extremada del origen simiano del hombre, vése forzado, sin embargo, á reconocer que en la convicción de Líneo, convicción apoyada sobre algunos hechos, el hombre aislado, entregado solo á sí mismo, se embrutece completamente. «Los hombres encontrados al cabo de muchos años pasados en los bosques, habian perdido el uso de la palabra, y eran peludos como unos monos; corrían á gatas ó sobre cuatro patas, y encaramábanse á los árboles con grande agilidad; no reconocían en los demás hombres unos seres semejantes á ellos y huían de su presencia con espanto» (*lug. cit.*, pág. 224). ¡Estraña preocupacion de espíritu! M. Bourlot, en esta degradacion, imaginase ver un retroceso hácia el estado simiano! Y él no ve en ello al mismo tiempo lo que es más evidente que la luz del mediodía, es decir, la imposibilidad del paso del mono al hombre. Terminaré con una reflexion bien sencilla: Si todos los seres, y el mono por consiguiente, van perfeccionándose sin cesar, por qué el que en otros tiempos hubiera engendrado al hombre, no le engendra ya hoy? acaso no debiera engendrar más que hombres, y no engendra todavía más que monos?

M. Flower, muy recientemente, propuso llamar edad paleolítica al período de los sílices labrados de los cascajos, del *drift*; edad *arcádica*, al período de las cavernas; edad *prehistórica*, al de los *tumuli* (túmulos), y finalmente edad *neolítica*, al de las hachas pulidas (*Revista científica*, 7 de junio de 1873). Tomemos igualmente acta de esta confesión del sabio antropologista (*Ibid.*): «No es cierto de ningún modo que los hombres que fabricaron los instrumentos de los cascajos hayan sido contemporáneos de los animales cuyos restos hallanse asociados á los sílices.»

M. Lartet divide á los primeros habitantes de la Francia ó de las Galias en tres edades: 1.ª edad del oso de las cavernas; 2.ª edad del mammoth y del rinoceronte; 3.ª edad del aurochs y del urus. Estas son evidentemente definiciones sin significación alguna, que no hacen adelantar ni un solo paso á la cuestión de la antigüedad del hombre. Parecen hechas á propósito para envejecer á la raza humana, grande objetivo de todos los esfuerzos de la ciencia moderna, uniéndola á varias razas extinguidas; mas, en realidad, conforme lo íprobaremos pronto, ellas no hacen más que rejuvenecer á los animales que han desaparecido aproximándolos al hombre. Otros paleontólogos han adoptado las denominaciones siguientes: 1.ª edad del mammoth; 2.ª edad del oso grande; 3.ª edad del renjifero.

En Dinamarca, admítense muy comunmente tres edades de la humanidad: 1.ª la edad y el hombre del pino; 2.ª la edad y el hombre de la encina; 3.ª la edad y el hombre del haya. Estas son tambien divisiones sin significación y que no reposan sobre base alguna cronológica: las dos primeras edades trascurrieron enteramente, la tercera hállase aun en su plenitud; la edad del pino sería la edad de la piedra, la edad de la encina sería la edad del bronce, y la edad del haya sería la edad del hierro que reina todavía.

HABITACIONES DEL HOMBRE.

Se han buscado aun pruebas de la antigüedad indefinida del hombre en la exploracion atenta de los lugares que éste ha habitado ó frecuentado, y en los cuales se han encontrado vestigios ciertos de su presencia, restos numerosos de su industria ó de sus comidas. Ahora examinaremos de una manera especial los argumentos que se han querido sacar de las excavaciones practicadas en las cavernas, los *kjokkenmøddings* y las ciudades lacustres.

CAVERNAS.

Cavernas en general.—Compréndese bajo el nombre de cavernas toda especie de cavidades subterráneas: 1.ª las simples *hendiduras* ó grietas que no son otra cosa que unos pozos estrechos, que se separan muy poco de la vertical; 2.ª las grutas ó *cuevas* que desembocan ordinariamente con grande abertura, y solo presentan una pequeña extension; 3.ª las *cavernas*, estancias ó *séries* de estancias, separadas algunas veces por pasillos ó corredores angostos y cuyas dimensiones son á veces colosales. En muchas de las cavernas, el suelo y la bóveda hállanse tapizados de depósitos calcáreos, debidos á algunas aguas de infiltracion cargadas de carbonato ó de sulfato de cal. Llámense estalagmitas, como hemos dicho ya, los depósitos que se extienden sobre el suelo, y estaláctitas, aquellos que descienden de la bóveda y forman algunos suspensorios ó protuberancias.

En muchas cavernas igualmente, el suelo soporta ú oculta un gran número de osamentas. La capa de osamentas, de arcilla rojiza ó amarillenta, hállase á menudo llena de guijarros procedentes de terrenos distantes, y que nada tiene que ver con las rocas de las inmediaciones. El espesor de dicha capa varia mucho; á veces muy

delgada, elevase hasta la bóveda de la caverna, sobre una altura de doce á quince metros. En muchas ocasiones, esta capa hállase compuesta de varias capas sucesivas, relacionadas con algunas edades diferentes. Las materias de los depósitos de lino y de osamentas no son contemporáneas de la formación de la caverna. Dichos depósitos son debidos las más de las veces á otras causas que á la morada del hombre y de los animales en el seno de aquellos antros tenebrosos. Fueron arrastrados y dejados en los lugares por corrientes de agua que los encontraron á su paso. La prueba de ello es que la mezcla que constituye tales depósitos compónese de osamentas, de guijarros venidos de lejos y de conchas terrestres ó fluviales. Los huesos grandes tienen sus ángulos redondeados, y los más pequeños están reducidos á fragmentos desprendidos. Estos son indicios evidentes de transporte ó acarreo por las corrientes rápidas de la época fluvial. Por lo mismo que los depósitos de las cavernas, así como los depósitos de los valles, son el resultado de transportes por las aguas, no sería posible evidentemente inferir de la presencia simultánea de los restos la coexistencia, el estado viviente de los animales ó de los séres á los cuales dichos restos pertenecen, la coexistencia, por ejemplo, del hombre y de los *Elephas primigenius* y *meridionalis*, ni siquiera la coexistencia del hombre y del renjifero, si estas coexistencias no fueran afirmadas por otros documentos. La confusión ó la mezcla háñse efectuado algunas veces en el seno mismo de las cavernas. M. Marcel de Serres ha dicho (*Informes*, tom. XLVI, pág. 1243): «Hemos supuesto durante mucho tiempo que los restos humanos eran contemporáneos de los osos grandes, de los leones, de las hienas y de los rinocerontes de las grutas osíferas; mas un exámen más profundo de los hechos recientemente observados nos ha obligado á renunciar á dicha suposición. Las corrientes de agua lo mezclaron todo, lo confundieron todo, y esto no solamente en el mayor desórden, sino en un estado el más completo de disgregación.»

Que la argumentación sacada de las cavernas de osamentas ha sido llevada á unos límites verdaderamente extremados, y hasta diremos insensatos, eso lo probaremos muy luego. Entretanto, nos hacemos un deber de conciencia el probar por dos citas históricas enteramente decisivas, que aquellos mismos que más exageraron la importancia de la interpretación de los hechos, no dejan de tener grandes escrúpulos, y sienten la debilidad de su demostración. Sir Cárlos Lyell (*Antigüedad del hombre*, pág. 97) plantea esta cuestión muy significativa: «Se ha preguntado naturalmente por qué, siendo el hombre contemporáneo de la fauna de las cavernas, sus restos y los objetos elaborados por él no se encuentran en los depósitos, al aire libre, de cascajos de aluvion que contienen la misma fauna. ¿Por qué, pues, el géometra, á la zaga de informes sobre la antigüedad de nuestra raza, no había de poder dirigirse más que á los oscuros retiros de las bóvedas y de los túneles subterráneos, que pudieron servir de lugar de refugio y de sepultura á una série de generaciones de séres humanos, y en los cuales las inundaciones pudieron acumular y confundir en una misma brecha huesosa los testimonios de varias faunas sucesivas? ¿Por qué no hallamos la misma asociación de los huesos del hombre con los de los animales extinguidos ó vivientes, en aquellos puntos en que podemos atravesar los depósitos en cuestión y examinarlos á la luz del día? Bien es verdad que sir Cárlos Lyell pudo invocar más tarde, para desvanecer esa inquietud, los hechos de Moulin-Quignon; mas nosotros los hemos reducido todos á la nada, probando que allí también el transporte por las aguas era á la vez muy evidente, muy reciente, y que muy probablemente la mandíbula humana colocada encima de las osamentas de elefantes había sido introducida allí furtivamente. La segunda cita, no menos significativa, es del doctor M. Hamy, partidario en la apariencia muy moderado, pero en realidad muy prevenido, de la antigüedad indefinida

del hombre, hasta el punto que, para seducir mejor á sus lectores, ha dado aun al *último* capítulo de su libro este título insidioso por demás: *Epoca postpéscena (continuación y fin)*, omitiendo mañosamente hasta la palabra de *época cuaternaria*, por no halagar bastante á la imaginación. ¡Qué táctica tan singular, qué confesión tan significativa de la debilidad de su causa y del poder de la nuestra! M. Hamy dice, pues, á su vez (*Compendio de paleontología humana*, pág. 112): «Los resultados de las exploraciones practicadas en las cavernas no tienen generalmente el valor demostrativo de las observaciones hechas en los aluviones estratificados. La falta de relaciones geológicas ciertas, en la mayor parte de dichas cavidades, entre el depósito osífero y los que le precedieron ó siguieron en la sucesion de las edades, las dificultades que surgen siempre que se trata de determinar las condiciones de su rellenamiento, y la posibilidad de remociones posteriores, que no es siempre fácil reconocer, son causa de las contrariedades con que se ha tropezado en las investigaciones hechas en las grutas, y del poco crédito que algunos naturalistas conceden hoy todavía á los descubrimientos realizados en ellas. Por poco justificada que fuera en ciertos casos, dicha desconfianza, tantas veces expresada, nos impone la obligacion de subordinar, en toda la extension de esta obra, la historia de los depósitos de las cavernas á la de los aluviones estratificados. Con el auxilio de las luces que nos suministra el estudio de estos últimos, procuraremos disipar las tinieblas que oscurecen todavía la mansion troglodítica.» Ya hemos demostrado en qué consistian las luces suministradas por el estudio de los aluviones; esas luces han resultado ser tinieblas profundas, ¿qué sucederá, pues, con las tinieblas de las cavernas? El gran Cuvier tenia mil veces razon, cuando decia en la última edicion de sus *Revoluciones del Globo*, 1830: «Háase hecho un gran ruido hace algunos años, respecto de ciertos fragmentos humanos encontrados en las cavernas de osa-

mentas de nuestras provincias meridionales; pero basta que ellos hayan sido encontrados en las cavernas para que entren en la regla general.» «Pues bien, dice M. Pablo Gervais, la regla general, tal como Cuvier la formuló, es que jamás se encuentran huesos humanos entre los fósiles propiamente dichos, ó en otros términos, en las capas regulares de la superficie del globo, ni aun en las que encierran los elefantes, los rinocerontes, los osos grandes, los felis ó tigres y las hienas. Y la razon en que Cuvier se apoya para ello, es que las aguas operan sin cesar algunas remociones, y que algunos objetos pueden ocupar en ellas posiciones contiguas, aunque referentes á fechas muy diversas.» (*Informes*, tom. LIII, pág. 231.)

El comandante M. Rozet, observador experimentado, insiste sobre estos hechos: «La acumulacion en las cavernas de las osamentas fósiles hizose bajo la influencia de dos causas que obraron sucesivamente: de los carnívoros que las habitaban y de las aguas que las invadían. De dichas osamentas, unas hundidas en un travertino rojizo, hállanse distribuidas en la entrada y sobre los muros de la caverna, como si hubieran sido conducidos por un oleaje que iba á estrellarse desde fuera hácia dentro, sin exceder de la mitad de la elevacion. Las demás, mucho más modernas, fueron traídas por los carnívoros despues de la retirada de las aguas. Pudiérase concebir igualmente el orden inverso de sucesion y explicar, por la irrupcion de una corriente moderna, en algunas grutas anteriormente habitadas por animales feroces, la presencia de las osamentas humanas que se halla algunas veces en las mismas junto con las de los animales antediluvianos.» (*Informes*, tom. VIII, pág. 678).

Una exploracion muy detenida de las cavernas y de las brechas de osamentas de la cuenca de París, condujo á M. N. J. Desnoyers á las conclusiones siguientes: «El conjunto de las observaciones parece apoyar en gran manera la opinion de que los mamíferos cuyas osamentas están ocultas en las cavernas fueron arrastradas allí casi siem-

pre por algunas corrientes de agua, no en una sola época, sino sucesivamente. Dicho fenómeno es explicable por las causas que obran aun en la actualidad, y de lo cual hallamos numerosos ejemplos, no solamente en los hechos acontecidos en regiones lejanas, si que tambien en las observaciones que pueden verificarse cada dia en los alrededores de Paris, sobre la meseta misma de Montmorency, donde existe en una garganta del interior del bosque una ancha cavidad, en cuyo seno sumérgense, desde algunos siglos, todas las aguas torrenciales de las cercanías, arrastrando las arenas, los cascajos, los limos, las osamentas de animales, los restos de vegetales que encuentran en su curso, y que depositan en las fragosidades de las piedras yesosas, dando asi la explicación más sencilla y natural del rellenamiento de la mayor parte de las antiguas cavernas.» (*Informes*, tomo XIV, pág. 528.)

«Cuántas veces finalmente M. Lartet mismo ha dicho: «Las observaciones hechas en las cavernas no ofrecen siempre el mismo grado de certeza y exactitud; yo me abstendré de sacar de ello inducción alguna respecto de la coexistencia del mammoth y del hombre...!» (*Informes* tom. I, pág. 791.)

Citemos todavía algunos pasajes de las *Investigaciones sobre la antigüedad del período cuaternario* de M. Pablo Gervais (Paris, Arturo Bertrand, pág. 36): «Los silices ó boquetes, en los cimientos diluvianos y en las cavernas, no parecen hallarse en condiciones tales de yacimiento, que no den lugar á dudas serias; dado que allí donde las brechas se endurecieron desde el momento del depósito, lo mismo que en aquellos lugares en que el suelo de las cavernas ha permanecido virgen, los huesos humanos y los vestigios de la industria primitiva no se encuentran de ningún modo. Solo se los observa en las partes superiores de las cavernas, y por consiguiente encima de las capas reconocidas como diluvianas. En estos sedimentos menos antiguos que los huesos humanos,

es donde los objetos fabricados encuéntranse principalmente.» Terminemos, por último, con esta declaración de sir Carlos Lyell (*Principios de geología*, tom. I, pág. 36): «Varios geólogos opinan que ciertos restos humanos ocultos en el limo y en las brechas de las cavernas son tan antiguos como los de los mamíferos estinguidos, elefantes, rinocerontes, hipopótamos, *cervus megaceros*, osos, leones, hienas. Las pruebas indicadas respecto de una antigüedad tan elevada no han sido generalmente admitidas como evidentes. Dichos restos demuestran que fueron mezclados juntos en una época posterior.»

La conclusión de todo lo que precede es evidente, irrecusable: «los depósitos de las cavernas, lo mismo que los depósitos de los valles, son unos depósitos de acarreo. De la coexistencia en su seno de las osamentas y los restos humanos con las osamentas de los animales de las razas extinguidas, nada puede inferirse relativamente á la coexistencia en el estado viviente; dichas osamentas y vestigios, en efecto, pudieron ser mezclados y confundidos, sea por un procedimiento natural y de fecha reciente, sea tambien por la mano del hombre.» (M. John Phillips, *Exposicion inaugural para la instruccion británica*. Birmingham, 1868.)

Formación, rellenamiento, contenido y clasificación de las cavernas.—En este breve y sustancial resumen seguiremos á M. Eduardo Dupont, á quien pudiera llamarse el historiador de las cavernas, las cuales ha explorado y registrado en todos sentidos, y que ha expuesto los resultados de sus investigaciones bajo el punto de vista más favorable respecto de la antigüedad desmedida del hombre. (*El hombre durante las edades de la piedra en los alrededores de Dinant-sur-Meuse*, in 8.º, 1872. *Sobre la antigüedad del hombre y sobre los fenómenos geológicos de la época cuaternaria en Bélgica. Memoria leída en el Congreso de Bruselas, el 25 de Agosto de 1872, etc.*, etc. «Las cavernas son unos hoyos abiertos en la roca anteriormente á la época cuaternaria

por algunas fuentes hidrotermales ó minerales. Las corrientes fluviales, abriendo un vasto y profundo surco en aquellas mismas rocas, encontraron naturalmente un gran número de dichos hoyos, que son numerosos; y cuando no deterioraban bastante la roca para quitar ó destruir todo el hoyo, resultaba de ahí una cavidad ó boqueron abierto sobre los flancos del valle. Tal es el origen de las cavernas... Hay que hacer constar en la acción de las corrientes de agua tres épocas: una primera época durante la cual tuvieron lugar la escavación de los valles y el depósito de los sedimentos elevados; una segunda época que terminó por el depósito de la arcilla de los campos y de la tierra del ladrillo, y una tercera época, que es la nuestra, durante la cual se produjeron los fenómenos que vemos producirse cada día... Dichos depósitos de las tres edades encierran numerosos restos de animales, formando una fauna tan numerosa, y sobre todo compuesta de tipos de temperamentos tan heterogéneos, que, sin las pruebas incontestables que poseemos, no pudiéramos menos de creer que algun suceso amalgamó en nuestros países, como en un punto de reunion comun, los restos de los seres esparcidos por los diversos climas de nuestro hemisferio. El elefante, el rinoceronte, el hipopótamo, la hiena, el león, huéspedes por excelencia de los trópicos, aparecen allí al lado del renífero, del gulo, de la zorra azul, de la gamuza, de la marmota que en nuestros días solo existen en los polos ó en las nieves perpétuas de las elevadas montañas. Los animales actuales de nuestros bosques vivían ya en nuestra región en compañía de esos numerosos seres, de los cuales unos requerían la supresion de los frios harto rigurosos del invierno, y otros la supresion de los calores excesivos del verano... ¡Qué confesion, y cuán provechosa nos será ella más tarde!

«Reconócese que una caverna cualquiera fué la morada de alguna horda salvaje por los hechos siguientes: 1.º por las huellas de hogares y huesos carbonizados; 2.º por los restos de industrias primitivas, sílices labrados

y huesos elaborados; 3.º por la presencia de osamentas intencionalmente quebradas, ostentando vestigios de golpes artificiales y de las entalladuras hechas con instrumentos cortantes; 4.º por las especies de animales presentes, indicando una elección particular hecha con inteligencia... Las guaridas de las fieras ostentan igualmente su sello propio é indudable. Son por lo general corredores largos y estrechos, cuya extremidad es oscura. Se distingue á primera vista el contraste entre las osamentas de una caverna semejante y las que proceden de alguna habitacion del hombre. Los huesos de los miembros han perdido su epífisis (ó cabeza), al paso que el cuerpo del hueso ha permanecido á veces entero, y ostenta en sus extremidades las huellas de los dientes de los carnívoros. El hombre obraba de otra manera: él separaba desde luego las epífisis que arrojaba, luego hendía las diáfisis para extraer de ellas la sustancia medular. (¿Es eso bien cierto?) Los huesos del tronco son además asaz abundantes en los antros de las fieras: otro contraste con los desechos de comida de los indígenas.

«La antigüedad de los restos es reconocida: 1.º por la naturaleza de las capas en que estos se encuentran, y por la elevacion de estas capas sobre los canales de los rios; las más elevadas de ellas son las más antiguas (eso es ciertamente falso!); 2.º por las especies de animales que se componen de especies perdidas, de especies hoy día emigradas bajo unos climas frios y de especies de la forma templada septentrional; 3.º por el carácter mismo de la industria cuyos restos se encuentran...!» Y no obstante, ahora mismo M. Dupont acaba de afirmar la contemporaneidad de las especies meridionales y septentrionales, extinguidas, emigradas y actuales. Ninguna contradiccion espanta ni detiene, cuando se trata de sostener un sistema preconcebido, sobre todo cuando tiene un fin antireligioso.

«El modo de introduccion de los objetos es difícil de determinar, y las más de las veces los medios de una observa-

cion minuciosa no bastan para aclararlo. En las cavernas de Lesse, el limo de las inundaciones del rio contiene siete sábanas sucesivas de estalagmita, que indican otras tantas emersiones de la caverna, del mismo modo que las siete sábanas alternativas de vaso indican siete inundaciones. Hay osamentas encima de la primera capa ó sábana de estalagmita, encima de la segunda y encima de la séptima. Las de la primera denotan una guarida de hienas. Encima de la segunda sábana hállanse esparcidos una cantidad de restos relativos al esqueleto del hombre y de diversos animales. La alternación de las capas osíferas con las capas de aluviones fluviales demuestra que la formación de los depósitos de aluvion fué intermitente. Nosotros hemos interpretado ó inferido esa disposición por la acción de una corriente de agua sujeta á algunas avenidas frecuentes y considerables, que podían inundar la caverna en la época en que dicha corriente no había socavado el valle hasta la profundidad actual. Durante dichos intervalos de las avenidas ó crecidas era cuando se formaban los niveles osíferos, ora por la habitación de los carnívoros, ora por la residencia del hombre (¿acaso M. Dupont no hubiera debido añadir: cuando tales avenidas no eran el producto mismo del acarreo?)...

«Cuando se encuentran las osamentas de varias especies en una capa aislada, no puede estarse enteramente cierto de que las especies hayan sido absolutamente contemporáneas; puesto que la acumulacion de las osamentas pudo producirse sucesivamente durante un periodo muy largo. Empero, cuando vemos las mismas especies repetirse ó reproducirse en algunas capas osíferas superpuestas, la solución es evidente; no cabe dudar ya de que las especies hayan vivido simultáneamente en el país. Por ejemplo, el leon ha sido encontrado en la segunda, tercera y quinta capa; la hiena, el mammoth, el reñifero y la gamuza, en la primera, la segunda, la tercera y la cuarta capa de la célebre caverna de Goyet; así, pues, el mam-

mouth, el reñifero y la gamuza fueron contemporáneos.

«El mismo razonamiento es aplicable á la coexistencia del hombre y de los animales: el hombre ha dejado el producto de su industria y sus desechos de cocina en las tres primeras capas, y él es contemporáneo del mammoth. (Mas el mammoth es también contemporáneo de la gamuza, que no es ni una especie extinguida, ni una especie emigrada!)...

«En resumen, la misma acción fluvial poderosa, que ahondó los valles y depositó sobre sus flancos algunos aluviones pedregosos y cenagosos, abrió igualmente las cavernas é introdujo en ellas los mismos aluviones. Los rios cuaternarios corrían en unas elevaciones muy grandes, sobre una anchura de cuatro ó seis kilómetros, y estaban sujetos á avenidas frecuentes, que produjeron las alternativas de las capas osíferas y de las capas estériles. Ciertas cavernas ó agujeros contenían hasta siete sábanas de estalagmita perfectamente cristalizada, alternando con otras tantas sábanas de aluviones fluviales...

«Los depósitos sucesivos que forman en general el suelo de la caverna, que constituyen lo que pudiera llamarse su suelo normal, son por otra parte: 1.º arcilla amarilla procedente del interior; 2.º aluviones fluviales formados de guijarros desprendidos y estratificados; 3.º arcilla de pedrusco; 4.º tierras hundidas; 5.º materiales introducido por el hombre ó los animales; 6.º depósitos formados por las aguas superficiales que se introducen en la caverna.»

Resulta evidentemente de esta exposición de M. Dupont, que la época del cegamiento de las cavernas es la época de los grandes aluviones, y que el hombre de las cavernas es el hombre cuaternario, cuya existencia toca casi á los tiempos históricos.

M. Dupont da á la época del depósito de los guijarros desprendidos y del limo estratificado el nombre de *edad del mammoth* (*Elephas primigenius*), porque dicha espe-

cie ha dejado numerosos restos en aquellos depósitos, y porque caracteriza en ellos al mismo tiempo la presencia del grupo de las especies perdidas. Llama á la época de los guijarros arillosos y de la tierra de ladrillos *edad del rengífero*, dado que el rengífero es una especie característica de las especies emigradas. Empero, tales denominaciones son puramente nominales, puesto que, segun confesion de M. Dupont, uno de sus más grandes descubrimientos ha sido la demostracion geológica y zoológica de la coexistencia, en la misma época, del mammoth, del leon, del rengífero, del caballo, del buey, de la cabra y de la oveja.» (Véase las tablas, páginas 114 y 117 del *Congreso internacional de Bruselas*.)

Este es ciertamente un hecho extraño; M. Dupont es el primero en reconocerlo: «Es cierto, dice él (pág. 221), que el afirmar la existencia de cincuenta y dos especies de mamíferos en Bélgica en una misma época; que el declarar que á las especies que habitan allí todavía en nuestros días, agregaban veintiocho especies cuyos tipos genéricos ó específicos no viven más que en otras regiones muy distintas, es plantear un problema de geografía zoológica muy extraño, y evidentemente de los más intrincados, toda vez que estos datos vienen en apoyo de los hechos fundamentales de la reparticion actual de los séres: el rengífero, en el lugar de la gacela, es allí la presa del leon; al lado de los tipos que, como el hipopótamo, son excluidos por el frio prolongado é intenso, pudieron encontrarse la zorra polar y el gulo que caracterizan las regiones árticas. Estos son, sin embargo, otros tantos hechos definitivamente demostrados, de los cuales debemos en lo sucesivo buscar la explicacion, en vez de intentar demostrar la imposibilidad de los mismos.»

«Dicha imposibilidad, por lo demás, no existe. En efecto, las especies que son hoy exclusivamente árticas pudieran soportar nuestros inviernos, pero no nuestros veranos. Así tambien las especies que solo poseen en nuestros tiempos las regiones tropicales, son excluidas de las regiones

septentrionales, no por el verano, sino por el invierno. La coexistencia de que se trata no implicaría, pues, necesariamente un clima más frio ó más cálido que el nuestro, sino únicamente unos inviernos menos frios y unos veranos menos calurosos; en otros términos, un clima más uniforme, como lo son los climas marítimos é insulares, que no experimentan grandes cambios de temperatura en las estaciones extremas. Tal pudo ser, por ejemplo, el clima de la tierra entera antes del diluvio, á la sazón en que la atmósfera, muy rica en vapor de agua y ácido carbónico, oponíase al enfriamiento y al calentamiento excesivo del suelo. El Génesis completa la reseña del diluvio y de las promesas divinas con estas palabras memorables: «Durante todos los días de la tierra, la siembra y la mies, el frio y el calor, el verano y el invierno, la noche y el día no cesarán jamás de sucederse.» ¿Quién sabe si, antes del diluvio, el verano y el invierno daban lugar á una primavera perpétua? Todo esto es posible, mas lo inconcebible es que se haga de la coexistencia del hombre con el mammoth y el rengífero un argumento en favor de la antigüedad indefinida del hombre. La ciencia adulta ha hecho, sin sospecharlo, que el hombre del mammoth y del rengífero fuera el hombre del caballo y de la oveja. ¡Qué conquista! ¡qué esplendor! Dicha ciencia nos conduce nuevamente, por medio de largos rodeos y sin advertirlo, al paraiso terrestre, á la memorable revista que Dios hizo hacer á Adán: «El Señor Dios hizo comparecer todos los animales de la tierra y todos los volátiles del cielo, que habian sido formados de la tierra, delante de Adán, á fin de que éste viera cómo debía nombrarlos, y el nombre que Adán dió á cada alma viviente es su verdadero nombre.» (*Génesis*, cap. II, v. 19.)

Ante esta consoladora realidad, y á fin de hacer resaltar mejor la increíble audacia de nuestros adversarios, séanos permitido analizar aquí la conferencia hecha por el doctor M. Broca, en Burdeos, en plena Asociación francesa para

el fomento de las ciencias, en el mes de agosto de 1872. M. Broca es uno de los jefes de la escuela positivista, que tiene por dogma principal el reducir la ciencia á los hechos y á las leyes relacionadas con los hechos; mas tratábase de fascinar y de convertir á unas doctrinas extrañas á un inmenso auditorio de caballeros y señoras, y pisoteando sus principios, el hábil orador se entregó de lleno á la fantasía. Júzguese de ello por la muestra siguiente. Los excesos de su poesía harán resaltar mas claramente la debilidad de su argumentacion.

La caverna del Moustier y los Trogloditas de la Vézère.
(Citamos textualmente, abreviando; podrá leerse el texto entero de la conferencia en la *Revista científica* del 16 de noviembre de 1872).

«Voy á hablaros de los trogloditas de la Vézère, de esa poblacion *fósil*, cuyas moradas subterráneas iremos á visitar muy luego. (Fósil, una poblacion que habitaba unas cavernas abiertas!)... Su existencia remóntase á una antigüedad espantosa.

«Vamos á ocuparnos de unos periodos de duracion incalculable; sus fechas no pueden ser expresadas por años, ni por siglos, ni siquiera por millares de años. Los descubrimientos hechos por M. Desnoyers en los lechos ó yacimientos pliocenos de Saint-Prest, nos han enseñado que el hombre vivia ya en los tiempos terciarios.» (M. Broca sabe muy bien que el hombre terciario de Saint-Prest habia sido olvidado por todos, y aun por M. Desnoyers mismo, pero no importa.)

«El fin de la época terciaria fué señalado por un periodo de enfriamiento, denominado periodo glacial, y que fué *excesivamente* largo.

«Al periodo glacial sucedió el *periodo diluviano*, del cual datan nuestros rios actuales, que solo nos ofrecen una débil idea de lo que estos eran á la sazón....

«Lo que es cierto, lo que ha sido demostrado irrevocablemente por Boucher de Perthes, es que los antiguos le-

chos de la época cuaternaria encierran los restos de la industria humana.» (Ya hemos visto en qué consistia esa demostracion irrefutable, esa antigüedad....)

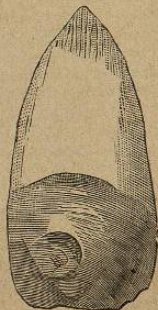
Los trogloditas del valle del Vézère conocieron al mammoth, lucharon contra él, se lo comieron y hasta lo diseñaron. La caverna del Moustier hállase situada hoy á 27 metros sobre el cauce; la profundidad del valle ha aumentado, pues, considerablemente desde la época de los trogloditas del Moustier... El ahondamiento de 27 metros, debido á la accion de las aguas, efectuóse casi enteramente á la vista de nuestros trogloditas, y desde entonces durante todo el tiempo de la época moderna, es decir, durante algunos centenares de siglos, solo ha avanzado muy poco. Júzguese por ahí cuántas generaciones humanas debieron (1) trascurrir entre la edad del Moustier y la de la Magdalena.

«El verdadero ingenio ó máquina de los trogloditas del Moustier, el que caracteriza aquella estacion y época, es la punta de lanza ó de venabio. Ese sílice poderoso, de punta ojival, incisivo por ambos lados, asaz ancho para inferir profundas heridas, y asaz delgado para

(1) Ese modo de discurrir, esa manera de jugar con los siglos y los centenares de siglos, son en verdad por demás osados. Por una parte, M. Broca nos dice: «Desde la época en que vivieron nuestros trogloditas, el clima y la fauna sufrieron grandes modificaciones, las cuales produjéronse, sin revolucion alguna, sin accion alguna violenta, bajo la influencia de las causas insensibles que obran aun hoy.» Por otra parte, el mismo ofrece á nuestra imaginacion unos periodos violentos, glaciales y diluvianos, unos inmensos aludes de hielo, que, descendiendo de las laderas de las montañas á los valles, abrieron en una gran parte de la Europa, del Asia y de la América septentrional, durante un espacio de tiempo excesivamente largo, unas corrientes de agua de una fuerza extraordinaria, y unos rios de muchos metros de ancho y de 25 á 30 metros de profundidad. ¡Qué espantosas contradicciones! Empero, para poder extrañar á las inteligencias, preciso era poder decir: «Cuando se piensa que las causas insensibles, sin acciones violentas, durante el curso de los siglos que nos son conocidos, solo ocasionaron algunos cambios casi imperceptibles, uno puede formarse una idea de la prodigiosa duracion de lo que se llama una época geológica!»

penetrar con facilidad en las carnes, constituía un arma terrible. Dicho sílice, provisto en su extremo de un venabulo, á guisa de mango, podia dar muerte á los más grandes mamíferos! Hasta allí, el hombre, mal armado, en lucha con los más poderosos animales cuaternarios, habia hecho á estos una guerra más bien defensiva que ofensiva. Empero, desde entonces él tomo la ofensiva. No les teme ya; *con su lanza en la mano*, puede esperarlos á pié firme, puede organizar contra ellos una guerra sin tregua. Él ha dado ya con la senda y marcha á la conquista del porvenir. Se han encontrado en el Moustier los restos del mammoth, del leon grande de las cavernas, de la hiena de las cavernas... El material de caza estaba hecho para atacar al enemigo que resiste, más bien que á la caza que huye... Estos rudos cazadores no conocen más que la gran lucha; ellos desplegan en la misma toda su energía, toda su inteligencia; ellos desembarazan el suelo; ellos preparan los territorios de caza para sus descendientes.»

¡Qué lirismo! qué extra vagancia! Y todo ello con ocasion de un grosero utensilio de piedra, que se nos permitirá figurar aquí.



M. Broca no ha leído, pues, jamás la reseña de esas terribles cacerías del elefante en las Indias, del leon y de la pantera en Argelia, y del oso en los Alpes ó los Pirineos. Preciso es ser muy cándido para figurarse á aquel pobre troglodita desnudo ó medio desnudo, acometiendo con su guijarro á uno de los colosos de la creación al cual apenas una bala de cañon es capaz de detener. Y es un sabio, un positivista, un materialista el que se entrega de esta suerte á los sueños de una imaginacion desordenada. M. Eduardo Dupont ha sido menos osado; no concede á los hombres de las cavernas del Lesse ó del Hainaut más que un medio para apoderarse del mastodonte ó del elefante, las profundas huesas que el hombre abria con su *humilde guijarro* bajo los pasos del monstruo! Esto es menos desatinado, pero es aun muy fantástico. «Los trogloditas vivian todo el año en las cavernas... Ellos no eran nómadas... Cazaban los animales de toda talla, desde el ave ligera hasta el mammoth. El mammoth, cuyo marfil utilizaron, era su contemporáneo... Nuestros buenos trogloditas no eran antropófagos. No conocian el placer supremo del salvaje, comer á su enemigo vencido!... Yo lo hago constar con satisfaccion; aunque, á los ojos del filósofo, el crimen no está en comer al hombre, sino en matarle... Bajo este último concepto, nosotros somos probablemente más bárbaros que ellos, dado que nuestra civilizacion, que debiera suprimir la guerra, solo ha conseguido hacerla más mortífera... La sociedad de los trogloditas era numerosa y hallábase organizada jerárquicamente. Habia dignatarios de varios órdenes. La prueba de dicha organizacion... es la presencia de grandes pedazos de hueso de renjifero, los bastones de mando... Largo tiempo, muchísimo tiempo antes, los artistas egipcios, los hombres de la edad de la piedra, habian cultivado el dibujo, la cinceladura y aun la escultura... La mayor parte de los dibujos están grabados al diseño, y adornan la superficie de diversos objetos de madera de renjifero..., algunos de ellos hállanse grabados sobre láminas de pie-

dra, de pizarra y de marfil.» (Largo tiempo, muchísimo tiempo antes los egipcios... ¿Es posible burlarse de la verdad con tanto desden como lo hacen los partidarios de la antigüedad del hombre? M. Buchner es un enemigo tan acérrimo de la revelación como el doctor Broca, y sin embargo le hemos oído exclamar: «De qué asombro, de qué admiración no debemos sentirnos poseídos, al pensar que, en los tiempos en que el aborigena europeo, con sus miserables armas de piedra, perseguía á las fieras, en la afortunada comarca que el Nilo riega, varias ciudades poderosas y magníficas florecían, las artes y las ciencias eran cultivadas!...» Aserciones gratuitas, contradicciones vergonzosas: hé aquí lo que se atreven á oponer á la verdad.)

«El esqueleto de dichos robustos trogloditas ostenta las huellas de sus costumbres feroces.» (Ahora mismo estos eran nuestros buenos trogloditas que no mataban.) «Una mano humana armada del sílice es la que produjo sobre este cráneo de mujer una ancha y penetrante herida. La extensión de la abertura indica que el instrumento hubo de herir el cerebro. La mujer, no obstante, no murió en el acto. La cicatrización del hueso en la faz interna del cráneo prueba que ella sobrevivió unos quince días. El asesinato ignominioso de una mujer no hace mucho honor á las gentes de Cromagnon.» (¿Qué estilo y qué lirismo todavía!...) «El estudio de su industria nos ha probado ya que su estado social no era superior al de los pueblos salvajes; el exámen de su cráneo confirma dicha noción; las suturas de su región cránica inferior son asaz complicadas. Estos dos caracteres observanse en los pueblos é individuos que viven sobre todo de la vida material. Los trogloditas de Cromagnon eran, pues, salvajes. Empero dichos salvajes eran inteligentes y perfectibles... Los cráneos son grandes, sus curvas y capacidad alcanzan y aun superan nuestros promedios actuales (1).»

(1) A la seguridad con la cual M. Broca infiere de la estructura y del

Llegaremos por último, á la perforación de M. Broca.

«Vosotros, pues, habeis podido seguir conmigo, desde el Moustier á Cromagnon, á Laugerie-Alta, á la garganta de Enfer, y desde allí, finalmente, á las tres estaciones de Eyzies, de Laugerie-Baja y de la Magdalena, la evolución progresiva de una raza inteligente, que fué avanzando poco á poco desde el estado más salvaje hasta los umbrales de la civilización.»

«No es en verdad este el caso de repetir con san Pablo: «Vendfá un tiempo en que los hombres no sufrirán ya la sana doctrina, sino que, arrastrados por sus inmoderados deseos, se rodearán de maestros que recreen sus oídos y volverán á las fábulas!» ¡Todo es fábula en la reseña de M. Broca, hasta el nombre de trogloditas! M. de Mortillet no ha vacilado en decirle: «La población de las cavernas de Laugerie-Baja (mucho más antigua de lo que se cree) sostenía algunas relaciones con el Mediterráneo donde tomaba sus cipreses; las mantenía igualmente con el Océano, como lo prueban sus conchas de litorena. Ella era eminentemente nómada y viandante; incurrieron, pues, en un error aquellas personas que apellida-

volvimen del cráneo el salvajismo y la inteligencia, opongamos lo que M. Virchow, uno de los jefes igualmente de la escuela materialista, afirmaba poco há en el seno del Congreso de Bruselas (pág. 562): «En general, créese que la capacidad del cráneo da la medida cierta del desarrollo del cerebro y de las facultades psíquicas. Sin embargo, el valor de dicha deducción es dudoso. Últimamente la Sociedad antropológica de Berlín recibió dos cráneos, el uno femenino y el otro masculino, procedentes de las exploraciones hechas en Atenas... El cráneo femenino tenía una capacidad que hoy sería considerada como insuficiente para dar un desarrollo psíquico normal... Su capacidad es de 150 centímetros cúbicos. Si hubiera sido encontrado en Turfooz ó en Moustier, hubiera podido considerárselo como perteneciente á alguna raza inferior. Hallábase enterrado en medio de algunos objetos muy preciosos, en un sitio muy distinguido de la ciudad. Ostenta muchos rasgos de belleza, y todo autoriza para creer que dicha mujer, cuyo nombre es Glycera, no pertenecía á una raza inferior.»

ron á dichas gentes trogloditas... Ellas acampaban solamente en las cavernas.»

La imaginación de los antropólogos exploradores de cavernas no ha retrocedido ante exceso alguno, ni aun el más opuesto y contradictorio. Del hecho de que en la caverna de Chaveau todos los huesos largos estuvieran quebrados por el medio, ó sea hacia una de sus extremidades, como los menos numerosos de los animales, y de la circunstancia de que todos los huesos humanos encontrados hubieran pertenecido á mujeres, á jóvenes y niños, el sabio profesor Spring infería que debían verse en dichos huesos los restos de festines, no ciertamente de antropófagos de ocasión y de necesidad, «sino de verdaderos caníbales que comían carne humana «por gusto, escogiendo lo más apetitoso y sujetando acaso «á sus víctimas á un engordamiento previo, como hacen «hoy los batias de Sumatra, los orangs-tridonges en Borneo, y otros caníbales refinados.» (*Boletín de la Academia de Bélgica*, tom. XVIII, 1854, y tom. XXII, 1866.) Empero, hé aquí que en junio de 1872, M. Soreil procede á una exploración más detenida de la misma caverna, que le lleva á descubrir varios esqueletos enteros de niño, de mujer y de anciano, y le autoriza para formular esta conclusión:

«En contra de lo que se nota respecto de los huesos de animales, las osamentas humanas están enteras ó solamente (1) quebradas transversalmente: ni una sola de ellas ostenta señal alguna de golpes. Yo no acierto, pues,

(1) Lo que los antropólogos han escrito con motivo de los huesos largos hundidos, encontrados en las cavernas, sobre la pasión de los aborígenas por la médula, y sobre la antropofagia que esa singular costumbre revelaba ó suponía, es verdaderamente exagerado y extraño. Acaso todo eso no pasa de un sueño enteramente semejante al de Spring. Nosotros no nos pararemos en ello, dado que, por confesión de Spring mismo, dicha antropofagia, suponiéndola real, no es en manera alguna un argumento en favor de la antigüedad de los habitantes de las cavernas.

«á ver en Chaveau vestigio alguno de canibalismo, y debo «atenerme á la idea que emitió M. Dupont de que dicha «caverna fué un lugar de sepultura de la edad de la piedra «pulida. Añadiré que el tal lugar es probablemente el de «sepultura de la horda que habitó la meseta.» (*Congreso de Bruselas*, pág. 392.)

Hé aquí, pues, al hombre tenebroso de las cavernas colocado nuevamente á la luz del día, al hombre de la meseta de Spierme y del campo de Hastodonte atacado por Julio César. Pasando más lejos todavía, M. Fracks no ha temido afirmar en pleno Congreso de Bruselas, que las cavernas de Inglaterra, no fueron habitadas jamás hasta hacia el fin de la ocupación romana, y que tal vez los Bretones romanizados refugiáronse en ellas en el momento de la invasión sajona. (*Congreso*, pág. 199.)

El troglodita ó el hombre morador de las cavernas en los tiempos primitivos se le encuentra además consignado en la historia. «No ha ocupado la atención de los primeros historiadores, dice el doctor M. Evans en sus *Ancient stone implements of Great Britain* (pág. 412), que en los tiempos remotos las cavernas servían de moradas, *specus essent pro domibus* (Plinio, *Hist. nat.*, libro VII, cap. LVI), y que, sirviéndome de los propios términos del Promoteo de Esquilo (I, 452), *los hombres vivían como hormigas debajo del suelo en antros tenebrosos*. Empero, lo más extraño es el ver á un autor romano indicar la presencia de sílices elaborados en las cavernas de los Piri-

nas. Este dice en una nota publicada en 1870 en el *Boletín de la Academia de ciencias de Bélgica*: «He observado que en todas las hordas primitivas, y particularmente las que habitaban el noroeste de Europa, se nos representaban como antropófagos, y que en varias regiones dichas costumbres habíanse conservado hasta el cristianismo. Estrabon el geógrafo dice de los irlandeses, que estos eran en su tiempo todavía unos caníbales voraces... Y san Jerónimo refiere que, durante su permanencia en las Galias, vió una horda, á la cual llama *Scoti* ó *Atacoti*, alimentarse de carne humana. En cuanto á la médula de los huesos, los lapones hoy todavía muéstranse ávidos de ella.

neos. Si aceptamos, en efecto, la definición de las *Cerumnias* dada por Sólatco y conservada por Plinio, no cabe casi dudar de que esta palabra significa ya ciertas hachuelas de piedra, ya ciertas puntas de flecha, semejantes á las que se consideraban como engendradas por el rayo, y por consiguiente cuando Claudio (*Datus Sirenae*, v. 77) escribía en el siglo v:

*Pyrenaeisque sub antris,
Ignea fulmineae legere cerumnia nymphae,*

debía hacer alusión en su pensamiento á alguna reseña respecto del hazo de los sílices labrados en una region en que se hicieron tantos descubrimientos de este género. Desde los tiempos de Claudio teníase, pues, conocimiento de los sílices de las cavernas de los Pirineos, de la caverna de Lourdes, casi tan célebre como las cavernas de Dordogne y del Vézère.»

Hé aquí otro ejemplo de cavernas relacionadas con las tradiciones históricas. El abate M. Ghierrici ha descubierto en los alrededores de Reggio una caverna abierta en la Peña Yesosa por algunas aguas subterráneas, en la época de los grandes aluviones. Dicha caverna tiene dos pisos que se comunican entre sí: el inferior no ha ofrecido el menor vestigio de la presencia del hombre; el superior tiene 19 metros de largo, 3 metros de ancho por término medio y 5 metros de elevación. El suelo hallase formado de dos depósitos diversamente estratificados, limo con venas de rojo, mezclado de fragmentos y filones de carbon, con varias huellas de hogar, donde se han encontrado: cuatro hachas de piedra pulida, un pequeño clavo de bronce, algunos fragmentos de cuatro ó cinco vasijas, algunos huesos de animales ó de hombres quemados, entre otros una mano y numerosas quijadas. El conjunto de los objetos encontrados induce al abate M. Ghierrici á ver en aquella gruta un lugar de

sacrificios humanos, y á atestiguar hasta en los menores detalles una concordancia notable entre los hechos observados y una de las más antiguas tradiciones de Italia: sobre el camino de la caverna de Reggio celebróse el rito prescrito para el culto de *Dites* y de *Saturno*, y esos sacrificios deben referirse á fines de la edad de la piedra pulida hácia el principio de la edad de bronce. (*Congreso*, pág. 360.)

La caverna de Kent ó de Torquay.—Hé aquí aun uno de los formidables arsenales de los antropologistas; dicha caverna ha dado pié todavía para forjar un cuento por demás instructivo. Oigamos lo que ella ha inspirado á M. Carlos Martins, el Don Quijote libre-pensador de la *Revista de Ambos-Mundos*, entrega del 16 de Enero de 1863, con motivo de la reunion actual de la Asociacion británica para el fomento de las ciencias: «Uno de los exploradores de la caverna de Torquay, M. Vivian, hizo algunos cálculos sobre la antigüedad de sus restos. El limo negruzco de la superficie contiene en su base algunos productos de «alfarería romanos, que nos permiten asignarles 2000 años de existencia. El espesor de la primera capa estalagmítica que tenía 2 centímetros y la naturaleza de los objetos que contenía, nos conducen á 4000 años aproximadamente antes de Jesucristo. Empero la segunda «capa estalagmítica contando 91 metros de espesor, habiéndose formado á razon de 2 mm. 5 por año, nos eleva más allá de 364,000 años, es decir al período «glacial, del cual el limo rojo es un testimonio. Dicho limo cubría algunos huesos elaborados y varios sílices labrados, mezclados con los restos de paquidermos fósiles. La sola existencia de dicha caverna nos demuestra «que el hombre existía probablemente antes de la época «glacial, y que su antigüedad remóntase mucho más lejos del término que las tradiciones le habian fijado.» Por mi parte, debo consignar en primer lugar, que, en mi entender al menos, la responsabilidad de ese extraño cálculo